

De Magistro de san Agustín

Diálogo, libertad interior y verdad en el educar

Pamela CHÁVEZ AGUILAR

Universidad de Chile

En qué consiste educar es una pregunta que ha interesado vitalmente a padres, educadores y sociedades en diversas épocas y culturas. Actualmente, el énfasis pedagógico en aspectos metodológicos y técnicos puede hacer perder de vista el auténtico carácter del educar. Buscando reencontrar el sentido de este arte, nos adentramos en la reflexión de Agustín de Hipona (354-430) en su diálogo *El Maestro*.

Nuestra mirada metódica es sencilla y se basa en la convicción de que es posible beber de las inagotables fuentes de los pensadores –antiguos, medievales, modernos, contemporáneos o de diversas raíces culturales– en sincera y simétrica conversación con los problemas y enfoques de la filosofía y de la humanidad contemporáneas. La filósofa Edith Stein escribió en su tiempo un diálogo entre Tomás de Aquino y Edmund Husserl¹, en que el primero visitaba al fenomenólogo en su despacho y ambos, sentados en un sillón, conversaban en torno a su idea de la filosofía, conversación fecunda en su proximidad y su diferencia, en su unidad y su alteridad, mutuamente clarificadora. Este camino metódico sólo requiere una positiva disposición a aprender y una razón despierta para discernir, evaluar y acoger aquello que se muestre como verdadero, amable y significativo. Al comenzar el encuentro con este autor y texto reconocemos dos supuestos: el primero es una filosofía del ser, para la cual el ser humano ya es algo y alguien porque ha recibido la existencia, la cual tiene que descubrir y a la vez realizar; lo segundo, una base cristiana, para la cual Cristo es fin, guía y modelo del ser humano. Como expresa Mujica, hay una forma en sentido ontológico que es horizonte de la

¹ Stein, Edith, «¿Qué es filosofía? Un diálogo entre Edmund Husserl y Tomás de Aquino», *Obras Completas III*, Monte Carmelo et al., Burgos, 2007, pp. 165-192.

formatio en sentido pedagógico e histórico². Teniendo en cuenta estos dos pilares podremos dialogar con Agustín en sincera simetría, tratando de captar lo que su concepción del educar nos dice hoy a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI. Si hay algo verdadero en éste u otro planteamiento históricamente situado, tenemos que aprenderlo viéndolo o tocándolo interiormente nosotros mismos.

El bello diálogo *El Maestro*, cuyos interlocutores son el pensador africano y su hijo adolescente Adeodato, probablemente fue escrito en 381 en Tagaste, ya muerto su hijo, reconstruyendo a partir de su recuerdo conversaciones reales que con él mantuvo, como lo da a entender Agustín cuando dice:

Hay un libro nuestro que se titula *De Magistro*; Adeodato es quien habla allí conmigo. Tú sabes que son suyos los conceptos todos que allí se insertan en la persona de mi interlocutor, siendo de edad de dieciséis años. Muchas otras cosas tuyas maravillosas experimenté yo; espantado me tenía aquel ingenio. Pero ¿quién fuera de ti podía ser autor de tales maravillas? Pronto le arrebataste de la tierra; con toda tranquilidad lo recuerdo ahora, no temiendo absolutamente nada por un hombre tal, ni en su puericia ni en su adolescencia³.

Aunque el diálogo ha sido estudiado generalmente en su contenido ontológico, semiológico o gnoseológico, aquí indagamos su mirada del educar, encontrando al menos tres fines posibles para este arte: libertad interior, verdad y encuentro.

Despertar la libertad interior

Este diálogo comienza con una profunda disquisición sobre los signos y palabras, concluyendo que, aunque valiosos para la enseñanza, no contienen lo medular de ésta. Las palabras del maestro que enseña, son una invitación o incitación (*admonitio*) que busca despertar en otro el recuerdo, trayendo a su presencia las cosas significadas⁴, sensibles o inteligibles según el lenguaje platónico-agustiniano.

Ese traer delante es el primer paso que requiere una respuesta interior en que están presentes memoria, voluntad y deseo; supuesto el deseo de comprender y la voluntad libre dirigida según sus fuerzas a ello, la memoria reúne experiencias, relaciona y contrasta con su propia experiencia de la realidad que es la que permitirá al entendimiento captar el sentido de las palabras y juzgar sobre la verdad de lo escuchado; si acoge libremente con un «dice verdad», «dice falsedad» o «no está claro», ha aprendido. Muchas cosas penetran en nuestra inteligencia, las comprendemos, dice Agustín, no consultando la voz exterior que nos habla, sino consultando interiormente la verdad que reina en la mente; las palabras pueden mover a consultar⁵.

¿Cómo se realiza este recibir y responder interior? Para lo sensible, consultamos lo que percibimos actualmente con los sentidos corpóreos o mediante imágenes lo sensible recordado; para juzgar cosas intelectuales o inteligibles consultamos por medio de la razón la

² Mujica, María Lilián, «El significado pedagógico del verbo ‘formare’ en san Agustín», *Augustinianum*, XLIX, 2 (2009) 503-522.

³ San Agustín, *Confesiones* IX, VI, 14, B.A.C., Madrid, 2013, p. 315.

⁴ Capánaga, Victorino, «Introducción a *El maestro*», en *Obras Completas* de san Agustín III, B.A.C., Madrid, 2009, p. 586.

⁵ San Agustín, *El maestro* XI, 38, B.A.C., Madrid, 2009, p. 659.

verdad interior⁶; lo que vemos presente en la luz interior de la verdad, con que está iluminado y de que goza el «hombre interior», lo acogemos como verdadero. Es una mirada simple y secreta, es contemplación no de palabras sino de las mismas cosas, que se le muestran interiormente o se patentizan⁷. Por ejemplo, si alguien dice «la solidaridad es mejor que el egoísmo», el oyente lo sabrá con certeza al consultar su verdad interior. En el método de preguntas, aprende porque las palabras van buscando el modo de hacerlo apto para aprender interiormente; ello implica preguntar según la capacidad de cada quien, para hacerle oír interiormente a aquel Maestro. En las cosas captadas por la mente, aunque se oigan las palabras de alguien que ve, si no puede verlas él mismo, es inútil; sólo puede creerlas. Así, «todo el que puede ver, interiormente es discípulo de la verdad»⁸.

Que esta acogida interior es una cuestión de libertad se muestra en el profundo valor de las palabras, que deben ser discernidas, pues si bien traen a presencia las cosas y tienen la inmensa dignidad de ser mensajeras ante otros de la verdad, vehículos para entrar comunicativamente en el interior de sí mismo y de otro, también pueden encubrir, por ignorancia, error o voluntad de engaño⁹. La palabra es a la vez un poder y un peligro: late en ella la amenaza del encubrimiento, la falsedad, el engaño y el afán dominador. Pero siempre está la esperanza de que otras palabras y otros encuentros más auténticos sean caminos de liberación; es tarea fundamental del maestro enseñar al educando a descubrir por sí mismo los falsos maestros. Muchas veces, dice Agustín, se engañan los hombres al llamar maestros a quienes no lo son; juzgar esto requiere el tiempo para descubrir interiormente la verdad.

Hemos llegado aquí al centro de la reflexión agustiniana. Aprender requiere un reconocimiento interior y personal de la verdad; en sus palabras: «Una vez que los maestros han explicado las disciplinas que profesan enseñar, las leyes de la virtud y la sabiduría, entonces los discípulos juzgan en sí mismos si han dicho cosas verdaderas, examinando según sus fuerzas aquella verdad interior. Entonces es cuando aprenden»¹⁰.

Concluye Agustín con una modesta expresión: «nunca puedo enseñar»¹¹, aunque el diálogo con el maestro pueda propiciar el aprender a ser y a ser libre. El maestro usa las ocasiones y circunstancias más diversas, las experiencias pequeñas, próximas y cotidianas, el acontecer actual y la propia historia, para iniciar la conversación y, así, acompañar el proceso del alumno que eleva el espíritu a la comprensión y hallazgo interior de la verdad deseada; ese encuentro es como un contacto intuitivo y gozoso del alma. Adeodato lo explica así: «Yo he aprendido con la incitación de tus palabras, que las palabras no hacen otra cosa que incitar al hombre a que aprenda»¹². El maestro ayuda dialógicamente a hacer nacer una verdad en el alumno; ofrece las condiciones para un crecimiento, para un ensanchamiento del ser interior. Pero supone el previo anhelo de verdad no sólo en cuanto es ontológicamente constitutivo de lo humano¹³ sino la voluntad de aprender, la acción personal libre, el ensanchamiento de la capacidad de interiorización y contemplación hasta la experiencia gozosa del hallazgo: «Quien me enseña algo es el que presenta a mis ojos, o a cualquier otro sentido del cuerpo, o

⁶ San Agustín, *El maestro* XII, 39, B.A.C., Madrid, 2009, p. 660.

⁷ Salazar Antequera, Ramiro, «La doctrina de la iluminación en el escrito *Del Maestro* de san Agustín», *Yachay*, 20, 38 (2003): 38.

⁸ San Agustín, *El maestro* XIII, 41, B.A.C., Madrid, 2009, p. 664.

⁹ San Agustín, *El maestro* XIII, 42, B.A.C., Madrid, 2009, p. 664.

¹⁰ San Agustín, *El maestro* XIV, 45, B.A.C., Madrid, 2009, p. 667.

¹¹ San Agustín, *El maestro* XIV, 46, B.A.C., Madrid, 2009, p. 669.

¹² San Agustín, *El maestro* XIV, 46, B.A.C., Madrid, 2009, p. 669.

¹³ Chávez, Pamela, *San Agustín. Apuntes para un diálogo con la ética actual*, Editorial Universitaria, Santiago, 2010, p. 29.

también a la inteligencia, lo que quiero conocer»¹⁴. Por parte del maestro, requiere la dedicación de tiempo a estar con otro y esperar paciente el fruto. Por eso, la educación sometida al pensamiento técnico, a la inmediatez y a los criterios de eficiencia, eficacia o productividad tiene algo de contrasentido. *De Magistro* recuerda que es indispensable, en la formación de personas, un paciente tiempo de cultivo y espera de crecimiento.

Búsqueda amorosa de la verdad

Lo que las palabras del maestro quieren «traer delante» no son las palabras sino, mediante ellas, las cosas mismas. A todo signo o palabra le corresponde una cosa representada hacia la cual mueve al espíritu a fijar su atención; las palabras se usan para enseñar algo que resulta más valioso que los signos¹⁵: «Es por conocimiento de las cosas por donde se perfecciona el conocimiento de las palabras. Oyendo palabras, ni palabras se aprenden. Porque no aprendemos las palabras que conocemos, y no podemos confesar haber aprendido las que no conocemos, a no ser percibiendo su significado, que nos viene no por el hecho de oír las voces pronunciadas, sino por el conocimiento de las cosas que significan»¹⁶.

Agustín rescata la importancia de la experiencia del objeto mismo: «no es el signo el que nos hace conocer la cosa, antes bien, el conocimiento de ella nos enseña el valor de la palabra, es decir, el significado que entraña el sonido»¹⁷. Por ello, es importante la visión o experiencia directa del objeto: «no he dado fe a palabras de otros, sino a mis ojos, al aprender esa cosa; sin embargo, creí en esas palabras para atender, esto es, para indagar con la mirada qué tenía que ver»¹⁸. Así, las palabras sólo incitan a buscar los objetos; hay una primacía del encuentro del propio educando con la realidad misma.

Esta visión de Agustín tiene mucho que decir a la filosofía de nuestro tiempo, que consciente de la mirada crítica o preventiva lograda por la filosofía de la conciencia y del lenguaje, vuelva a plantear de manera renovada la cuestión de la realidad, de las cosas mismas.

Pero, ¿qué entender por «conocer las cosas mismas»? ¿No evoca una metafísica para nosotros demasiado extemporánea? ¿No hay bastante sospecha acumulada tras la pretensión de verdad y lo que se ha ocultado históricamente tras ella, como ambición de poder, codicia, enmascaramiento? Agustín quizás ha sido entre los filósofos de la llamada era del ser, el más consciente de estos peligros de la verdad; quizás como ningún otro, ha pensado de cara al límite, a la fragilidad del interior humano, a su conflicto entre el anhelo de verdad y bien y la pobre respuesta de una voluntad y entendimiento frágiles. Pero ante ello, no fue movido a negar la verdad o a desesperar de su conocimiento por el sujeto, sino a una visión del problema más profunda, de la cual podemos aprender. Frente a una mirada dilemática entre los dos extremos de la absoluta negación de la verdad y la posesión de una verdad única, Agustín no respondería proponiendo construirla desde nuestra subjetividad o desde nuestra intersubjetividad. Su respuesta podría acercarse más bien a un llamado a esforzarse en descubrirla uno mismo junto a otros, pues existimos en relación, conscientes de que siempre estamos en camino en el horizonte de la verdad.

¹⁴ San Agustín, *El maestro* XI, 36, B.A.C., Madrid, 2009, p. 657.

¹⁵ San Agustín, *El maestro* VIII, 22; IX, 25, B.A.C., Madrid, 2009, p. 640; 645.

¹⁶ San Agustín, *El maestro* XI, 36, B.A.C., Madrid, 2009, p. 657.

¹⁷ San Agustín, *El maestro* X, 34, B.A.C., Madrid, 2009, p. 656.

¹⁸ San Agustín, *El maestro* X, 35, B.A.C., Madrid, 2009, p. 656.

Con mucho sentido de realidad, Agustín sacó las consecuencias de lo que experimentó en sí mismo: hay una fragilidad en el ser humano manifestada en que no está fácilmente orientado al bien, el cual muchas veces se oscurece entre las sinuosidades del camino biográfico e histórico; por ello, como herencia platónica y cristiana, entendió que el ser humano requiere procesos de liberación. Este es el lugar de Dios, con su gracia liberadora, pero también de otros seres humanos presentes en la vida de un individuo. En el caso de Agustín, podemos mencionar a su madre, un amigo, un maestro; esta tarea liberadora la asumió también él para otros mediante la escritura y la predicación. El descubrimiento y la liberación son procesos individuales y grupales, pero nunca homogéneos, particularidad del enseñar que tenía muy presente Agustín: «deseo seamos conducidos por ciertas ascensiones apropiadas a nuestro peso»¹⁹.

Finalmente, aprender requiere la humildad de aceptar que ni el maestro ni el aprendiz son el origen de la verdad, sino el Maestro interior. Siguiendo la sentencia del Evangelio: «Uno es vuestro maestro», Agustín identifica a Cristo, la eterna sabiduría de Dios, con la luz que ilumina a todo ser humano y sin la cual sería imposible pronunciar el asentimiento interior a una verdad o su negación²⁰. Más allá de su fundamento teológico cristiano, lo expuesto por Agustín se abre a un sentido traducible para otros creyentes y no creyentes: la necesaria humildad tanto del maestro como del discípulo, que reconocen la fragilidad del ser humano y que el aprendizaje y el saber les trascienden; además, que se está siempre en búsqueda, en camino. El reconocimiento del aspecto donado y trascendente de la verdad, junto a la acción despertadora del maestro y el acto interior del que aprende en el diálogo formativo, ponen de manifiesto el vínculo de quienes buscan en conjunto una verdad común.

Encontrarse

La estructura dialógica del texto indica hacia la centralidad del encuentro personal en el arte de educar, de la relación comunicativa con otro para el aprender. El habla está orientada al encuentro, puesto que «hablamos para enseñar o para recordar»²¹, incluso para despertar el recuerdo o el encuentro con nosotros mismos.

En efecto, supuesta la veracidad, la persona se manifiesta en las palabras, por lo que el diálogo es fuente de vínculo y, como ha dicho Capánaga, fundamento de la sociabilidad humana. Ello va mostrando también la necesidad de ciertas virtudes dialógicas, pedagógicas e investigativas, explicitadas por Agustín, tales como la veracidad y transparente confianza entre los interlocutores; la no temeridad de tener por cierto o juzgar lo que se ignora; el no perturbarse cuando las propias convicciones se van debilitando en la disputa; el ceder ante las razones bien consideradas y examinadas; el vencer el temor y el desaliento de la razón que podría quedar paralizada cuando se derrumba lo que se tenía como cierto y firme, tomando tal aversión o miedo de la razón que desconfe de la verdad más clara²².

Agustín muestra el aprender como una transformación interior que precisa del encuentro dialógico. Como ha expresado Raimon Panikkar, el diálogo no debe entenderse meramente como el enfrentamiento entre argumentaciones rivales ante el tribunal de la razón sino como el encuentro entre dos existencias que se abren a la comprensión mutuamente

¹⁹ San Agustín, *El maestro* VIII, 21, B.A.C., Madrid, 2009, p. 638.

²⁰ San Agustín, *El maestro* XI, 38, B.A.C., Madrid, 2009, p. 659.

²¹ San Agustín, *El maestro* VII, 19, B.A.C., Madrid, 2009, p. 633.

²² San Agustín, *El maestro* X, 31, B.A.C., Madrid, 2009, p. 652.

transformadora²³. Del mismo modo, en cuanto dimensión relacional, el educar requiere condiciones del encuentro, un tiempo y lugar, pero también disposiciones previas en el maestro y el alumno. Éste ha de tener una apertura a aprender y escuchar, lo que requiere cierta confianza para dejarse guiar y para sentir que es capaz; también, cierto crecimiento afectivo que le permita ocuparse gozosamente en aprender.

Por su parte, el maestro ha de proponerse acercarse al aprendiz a una verdad común pero al mismo tiempo próxima y llena de sentido. De allí la preocupación de Agustín: «porque tal vez pienses o que estamos jugando, y que apartamos la consideración de las cosas serias para dirigirla sobre cuestiones pueriles»²⁴; ésta es la esencia de su método: empezar por lo cercano de la vida cotidiana, entrelazando los problemas desde lo más común y rutinario hasta lo más hondo y alto, en una mayéutica que involucra el interés vital, afectivo, sentimental. Poner delante de otro algo, atrayendo su atención es parte del arte de enseñar; puede ser atraer a una investigación mediante el diálogo, como hace Agustín con Adeodato quien es cautivado por el problema: «Pues me tienes aquí con toda el alma, porque esta semejanza me ha vuelto muy atento»²⁵.

Cuando escribe este diálogo, está ocupado él mismo en dilucidar diversas cuestiones intelectuales, en la búsqueda de armonizar la fe hallada con la sabiduría antigua. Ello nos manifiesta un rasgo fundamental de la persona del maestro: él mismo es un buscador de la verdad. No se entiende que alguien pueda enseñar algo sino es la respuesta o las preguntas que él mismo ha encontrado; educar es comunicar de sí mismo, comunicar el propio hallazgo. Precede el trabajo interior personal del maestro.

Es significativo que este diálogo de Agustín no tiene paisaje ni entorno, sino sólo dos personas cercanas y queridas que conversan. Un elemento central de la educación es el encuentro personal, la cercanía y la confianza como base. Porque no se aprende sólo una verdad intelectual sino un saber que orienta la vida; en todo caso, junto a un saber intelectual se aprende un modo de ser, valorar, actuar y amar. Pensar y aprender son a la vez un reunir, un asentir interior y un estar en relación; el diálogo *El maestro* nos recuerda que, si queremos enseñar o aprender, debemos retornar al encuentro personal y a las condiciones que lo hagan posible.

En la escuela interior hay la colaboración de un maestro exterior –hábil en signos y palabras–, del Maestro interior y de un discípulo. Para Agustín, tratándose de verdades inteligibles, necesarias, su conocimiento exige la presencia de la luz interior. La verdad no es engendrada por el docente exterior sino por la presencia de la Verdad interior que trasciende el alma. Como ha dicho Capánaga, «el hombre no crea la verdad, ni en sí mismo ni en los demás, sino la encuentra resplandeciente ante sus ojos, en un ámbito vital intersubjetivo que no es ni tuyo ni mío. Cuando maestro y discípulo llegan a una misma conclusión, [la ven] en una trascendente esfera donde se unen todas las miradas que contemplan una misma verdad (...), en la misma invariable Verdad, que trasciende nuestras mentes»²⁶.

²³ Panikkar, Raimon, *Paz e interculturalidad. Una reflexión filosófica*, Herder, Barcelona, 2006, p. 31.

²⁴ San Agustín, *El maestro* VIII, 21, B.A.C., Madrid, 2009, p. 637.

²⁵ San Agustín, *El maestro* V, 14, B.A.C., Madrid, 2009, p. 625.

²⁶ Capánaga, Victorino, «Introducción a *El maestro*», en *Obras Completas* de san Agustín III, B.A.C., Madrid, 2009, p. 590.

De esta manera, se muestra el carácter intersubjetivo de la verdad. La interioridad agustiniana no es solipsista sino en relación; por eso, cabe concluir con Adeodato: «si hay algo de verdadero, sólo puede enseñarlo Aquel que, cuando exteriormente hablaba, nos advirtió que él habita dentro de nosotros»²⁷. Dios es el verdadero formador²⁸.

Epílogo: es de noche

Agustín experimentó su época como un tiempo de oscuridad; su concepto de formar implica la visión del ser humano históricamente caído y necesitado de ayuda; esta visión, pese a sus fundamentos en la tradición teológico-cristiana, puede proponerse a la humanidad de todos los tiempos y culturas, en cuanto simple constatación de nosotros mismos y de la historia humana. En efecto, en el mismo sentido de la experiencia paulina de no hacer el bien querido y hacer el mal no querido, el ser humano no está orientado perfectamente hacia el bien y necesita procesos de liberación. Para Agustín puede ser la concupiscencia y la ignorancia; puede agregarse hoy la profundización de la codicia, el quiebre de la proximidad del otro, las estructuras económicas abusivas. El maestro puede ser, así, quien ayude en el camino de liberación.

Para los fines señalados del educar –libertad interior, verdad, encuentro–, ¿es posible encontrar un «fin» que los reúna? Agustín expresó como fin del aprender: «amar el calor y la luz de aquella región en que la vida es bienaventurada»²⁹. ¿Es esto traducible hoy? Apoyados en *De Magistro*, puede decirse que una concepción actual del educar ha de tener como fin central la realización plena de cada individuo humano, entendido como alguien libre, amante y consciente de su estar ligado a otros seres humanos y a todos los seres, ligado también a una realidad-Verdad que le trasciende y ante la cual se le ha dado el don de buscarla y comprenderla para servir en amoroso cuidado a otros. El maestro ha de procurar despertar y preparar el alma para la contemplación de la verdad, despertando el amor hacia ella, la dilección; lo que Capánaga ha llamado una pedagogía de la interioridad y de la trascendencia, podría ser llamada también una pedagogía del amor o «para amar»³⁰, pues en la vida interior pensamiento, palabra y amor se vinculan. La libertad interior agustiniana de ver-adherir a la verdad no es ajena al otro que sufre, quien es mi hermano aunque venga de lejos o sea diferente a mí; esta proximidad del otro vulnerable o vulnerado es una verdad irrefutable y su cuidado es un bien irrenunciable, inobjetable. Agustín nos llamaría a «tocar» interiormente esta verdad, no sólo con el intelecto sino con el corazón, con el afecto vivo, con la empatía, con el amor fraterno o *dilectio*. Este amor ha de movilizarnos al encuentro, fin pleno del ser humano como ser en relación.

²⁷ San Agustín, *El maestro* XIV, 46, B.A.C., Madrid, 2009, p. 669.

²⁸ Mujica, María Lilián, «El significado pedagógico del verbo *'formare'* en san Agustín», *Augustinianum*, XLIX, 2 (2009) p. 515.

²⁹ San Agustín, *El maestro*, VIII, 21, B.A.C., Madrid, 2009, p. 638.

³⁰ Mujica, María Lilián, «El significado pedagógico del verbo *'formare'* en san Agustín», *Augustinianum*, XLIX, 2 (2009) p. 508.

